

EDITORIAL

EL ALBUM DE FAMILIA

Las cosas materiales, los objetos, son, en general, reemplazables, sustituibles. En cambio, el contenido espiritual de un pueblo, de un individuo o una institución, si llega a perderse no puede ser recobrado; podrá crearse una nueva espiritualidad, pero siempre diferente a la primitiva y de acuerdo con el cambio circunstancial que motivó su existencia.

Por eso el hombre trata de apresar su espíritu, convertirlo en algo palpable, sensible a nuestros medios de percepción, comunicable. Busca símbolos, objetos, lecturas, sonidos que permitan revivir o evocar el motivo con que fueron creados, las circunstancias que presidieron su razón de ser, y capaces, a su vez, de transmitir ese mismo sentimiento a sus descendientes.

Tal vez el más antiguo espíritu colectivo, conservado y transmitido a través de símbolos e imágenes, sea el "espíritu de clan", espíritu de grupo que desde tiempos remotos ligó, en unión voluntaria y fructífera, a seres humanos unidos por ilusiones y afanes comunes.

Con el tiempo estos símbolos unitivos, transmisores de un mismo sentir, se fueron modificando, tomando forma, limitando a objetos similares y en muchos casos comunes. Las grandes familias de la antigüedad, las dinastías reinantes, las corporaciones y agrupaciones religiosas, políticas o de cualquier otra índole, encontraron que el rostro humano, la imagen del antepasado, es tal vez, la forma más adecuada para perpetuar el recuerdo de sus hechos, el espíritu que movió su vida. Así nacieron esas grandes iconografías que en ocasiones son, a su vez, valiosísimas colecciones de obras de arte.

Nuestra Academia no fue nunca ajena a esta misma preocupación de continuidad y simbolismo espiritual. Desde sus primeras épocas buscó la manera de perpetuarse espiritualmente. Lo consiguió, de manera magistral e ininterrumpida, en los noventa y ocho volúmenes de su "Gaceta Médica" que cubren ciento cuatro años de trabajos y actividades, pero siempre tuvo la inquietud de dejar una imagen más plástica de su propia vida.

Desde los primeros años se instituyó una colección de retratos de expresidentes

—hoy una de las galerías más importantes con que cuenta la iconografía nacional—, pero no era bastante. Escapaban a esta realidad muchos hombres de valía dentro de la institución, muchos rostros de hombres que aportaron a la vida y a la obra académica hechos trascendentes. Don Nicolás León trató de integrar una iconografía académica que nunca completó pero que hoy ha resultado muy valiosa. En los años del Dr. Alfonso Pruneda como secretario perpetuo, también se realizaron intentos, que nunca llegaron a cuajar, para reunir una galería fotográfica de todos los médicos que actuaron en la Academia.

La tarea es difícil; sin embargo, durante el último año, gracias a la actividad y esfuerzo de los miembros directivos de la Academia, parece que la obra se va convirtiendo en realidad. En los meses finales del año se pudieron recoger fotografías, antiguas y actuales, que cubren aproximadamente el setenta por ciento de los miembros de la Corporación desde su principio en 1864. Un pequeño esfuerzo más permitirá reunir, si no el total —pues de algunos médicos no se conoce ningún retrato—, por lo menos lo suficiente para que casi completa, permita contemplar el panorama de los académicos mexicanos durante un siglo de vida médica en México.

Allí están sus rostros, sus actitudes, la forma del atuendo de cada uno y el historiador o el simple aficionado, podrá rememorar hechos y situaciones ante ese símbolo plástico que es el retrato personal, cuya colección académica ocupa hoy veinte grandes álbumes que podríamos llamar “de familia” en el Archivo histórico de nuestra Corporación.

DR. GERMÁN SOMOLINOS D'ARDOIS